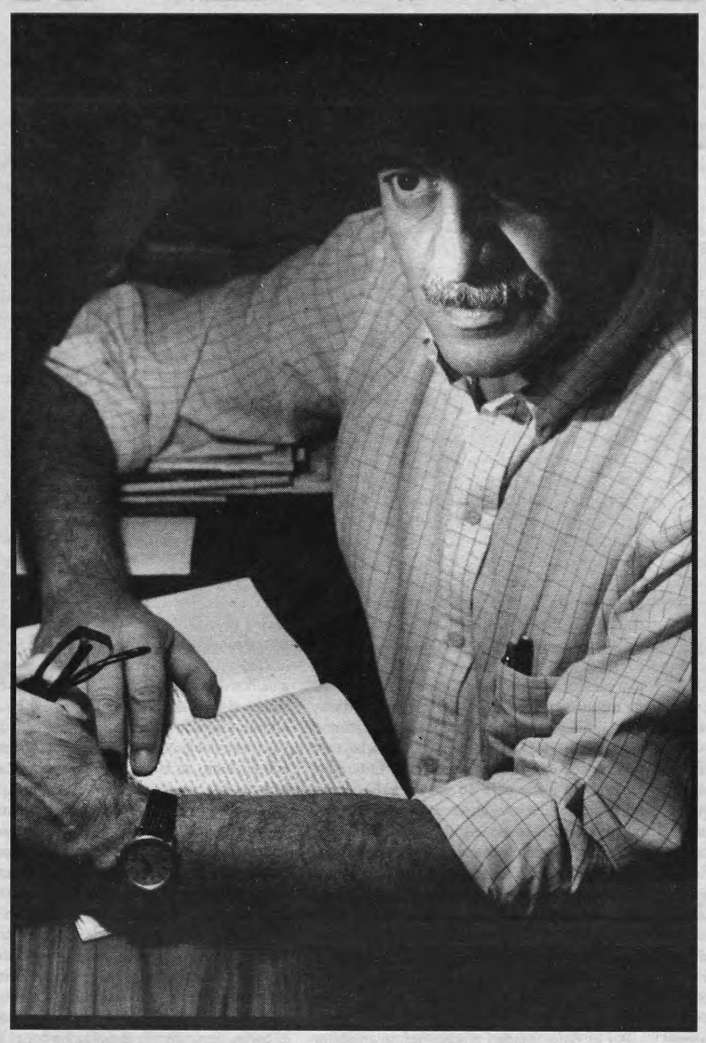
RABANAL



El bombardeo a Plaza de Mayo

"Los hechos del 16 de junio de 1955 constituyen un cruento capítulo de la historia argentina, ya que armas de guerra, adquiridas con el ostensible propósito de defender a la nación contra un ataque extranjero, fueron empleadas contra los propios argentinos por miembros de sus Fuerzas Armadas y por civiles armados." El que habla es Robert Potash, narrando los hechos de ese día que arrojó un saldo de 350 muertos y 600 heridos, la mayoría de ellos civiles sorprendidos por las balas y la metralla que cayó sobre la Plaza de Mayo y las calles que van desde ella hasta el edificio del Ministerio de Marina. "Al decidir el bombardeo aéreo de la Casa de Gobierno –sigue Potash–, el mando revolucionario adoptó con deliberación una táctica que podía tener cruentas consecuencias. Procedió así en parte por la índole de las fuerzas de que disponían: consistían sobre todo en las unidades navales aéreas de Punta Indio, los jets de la Fuerza Aérea con asiento en Morón y la Infantería de Marina con asiento en la zona del Puerto de Buenos Aires. Pero la decisión de recurrir a un ataque aéreo también reflejaba la convicción (...) de que únicamente al precio de infligir y recibir víctimas podría derribarse el gobierno. Tal era la cólera de los enemigos de Perón ante los últimos acontecimientos, tal su ansiedad por ver su caída, que estaban dispuestos a herir y a matar a inocentes para lograr ese propósito, y a arriesgar sus propias vidas."

Pero esa violencia no se redujo a los hombres uniformados: activistas de civil participaron en ambos bandos. Después de las hostilidades, algunos civiles, sin que la policía pudiera impedirlo, quemaron y saquearon varias iglesias, como los edificios históricos de Santo Domingo y San Francisco, además de la Curia Metropolitana. Perón negó ser responsable de estos actos (incluso existen pruebas de que hizo lo posible por impedirlas), pero el hecho de que ocurrieran contribuyó a deteriorar su imagen ante los ojos de muchos ciudadanos.

Presentación de Guillermo Piro.

LA VIDA BRILLA

¿Y después, qué había habido, qué había ocurrido en los fundamentales días siguientes? Después siguió el mal tiempo de un invierno más húmedo que frío, con vientos de inundación y bancos de niebla que hacían del Obelisco, en pleno centro de la ciudad, una raya misteriosa en medio del abandono. Y llegó junio, el mes de la diosa próspera, y yo cumplí mis doce años, y tuve una erección sostenida y una eyaculación imprevista, lo cual fue excitante y promisor, ya que si la vida adulta consistía mayormente en esas erecciones y eyaculaciones pletóricas, no había demasiados motivos para lamentarse. Y por cierto, empecé a ver las cosas de otro modo. La proximidad de las jóvenes amigas de mi madre me perturbaba. En los ómnibus –en los que siempre se viajó apretado– olía a las mujeres con un estremecimiento de delicia. Mi joven y fresco deseo se desplegaba como una ola interminable sobre el panorama familiar de tías y primas: pero entonces el Paraíso y el Infierno rozaron sus dominios con reflexiones oscuras, donde el orden de la naturaleza era objetado por el orden moral.

Mis noches eran agitadas.

De todos modos, aquél era un año maligno, y la gente decía que todo se venía abajo, y que era una vergüenza tolerar el estado de cosas presente. Mi vago cristianismo, infiltrado de nociones católicas de segunda mano, me llevó a suponer que la vasta licencia de mis anhelos era en parte responsable de aquel disgusto nacional.

Todo el mundo se refería al gobierno y a la persona de Perón y a la de algunos de sus ministros. Perón hablaba y su voz se difundía en cadena por Radio del Estado, y aquéllos eran sus graves discursos finales. Un sábado, mamá y el Gringo dijeron que había habido refriegas en torno de la Catedral. Era la fiesta de Corpus y a la salida de misa se quemaron autos y se hicieron algunos disparos al aire. Esta vez, mi madre temía por la seguridad de la oficina: "Estamos a un paso de Plaza de Mayo...". El Gringo trató de serenarla argumentando que "en este país, difícilmente la sangre llegue al río". Pero me parecía que hablaba en falso, en un tono convencional que traicionaba su verdadero estilo. A su tono le faltaba el sacrílego entusiasmo que solía distinguirlo.

Al día siguiente hubo otro enfrentamiento y se quemaron banderas. Fue un gran escándalo y los antiperonistas decían que era un ardid de los agentes del oficialismo para precipitar los hechos y sofocar la revuelta que se estaba gestando. El peronismo resolvió entonces desagraviar a la bandera y a la memoria de Eva que, al parecer, también había sido ofendida, y hubo un paro general de actividades por veinticuatro horas y Perón habló desde el Congreso frente a una gran multitud bastante enardecida.

Fue entonces cuando el Gringo decidió que nos tomáramos unos días lejos de ese "batifondo". Vayamos a Colonia, propuso, hasta que se aquiete el avispero. Mamá estuvo inmediatamente de acuerdo, aunque salir a navegar significaba un feriado fuera de calendario, pero cinco días no irían a cambiar nada en absoluto y cinco días era todo lo que ellos necesitaban, así que nos fuimos muy temprano a la mañana siguiente, ignorando que aquella partida adquiriría una significación incalculable, cambiando el curso del presente y reorientando el diseño del futuro.

Recuerdo un amanecer amarillo y un frío de cuatro grados. El Río de la Plata fue siempre un río melancólico. Escuadras enteras de barcazas y viejos buques se pudren en su lecho incierto y oscuro sin que jamás nadie los haya reflotado. Cuando uno lo atraviesa rumbo a la costa uruguaya, navega esquivando montañas de desechos navales. Esta mañana amenazaba brumosa y teníamos el motor listo por si nos atrapaba un banco. Las aguas eran mansas y oscuras y durante la primera hora sopló un viento favorable y pusimos rumbo a Colonia, mientras retrocedía el frente gris de Buenos Aires, hundiéndose en la línea deprimida de un horizonte color pizarra.

Helena y yo estábamos bastante alegres porque faltábamos a clases con autorización paterna y porque siempre, invariablemente, era mucho mejor navegar que ir al colegio, aunque a veces nos apretara una tormenta y nos sacudiera hasta revolvernos las tripas.

Mamá trataba de mostrarse animada pero era visible que estaba haciendo un esfuerzo, y el Gringo, que siempre nos estimulaba como si fuéramos marineros bajo sus órdenes, se mantenía callado. Sólo dijo:

"Viene mal tiempo. Vamos a arriar", y a nosotros: "Ustedes es mejor que se pongan los chalecos". Mamá se movía en silencio como si temiera despertar a la Hidra dormida bajo la quilla del barco.

Vimos la cerrazón y la bruma apenas luminosa, como vaho que flotara sobre el agua, y luego empezó a lloviznar, y era como estar en medio de una nube, de manera que arriamos y nos detuvimos en el mudo vaivén de una calma opalina y hueca.

Era cerca de mediodía y mamá sirvió milanesas y todos comimos despacio bajo la protección de la cabina. El barco se mecía apenas en el abandono sin amarras. Estaríamos a medio camino entre Buenos Aires y Colonia, y si seguíamos ahora navegando llegaríamos a puerto en un par de horas. Esta noche, dijo el Gringo, podemos ir a comer al hotel Suizo. Era un programa. El hotel Suizo estaba en medio del campo y era –y sigue siendo– un lugar confortable y acogedor. A mí me gustaban los copiosos desayunos. Mientras comíamos nuestras milanesas escuchamos el nítido ronquido de un avión volando a baja altura, y luego, inmediatamente, otro. El Gringo se asomó a mirar pero no vio nada. No había transcurrido medio segundo cuando escuchamos que una verdadera escuadrilla nos sobrevolaba.

"Parece una demostración", conjeturó mi padre. Mamá salió a husmear la atmósfera como un sabueso; la niebla había empezado a disiparse pero la visibilidad seguía siendo escasa. En compensación, el río en calma permitía que los sonidos se transmitieran con enorme facilidad. Por eso, las explosiones llegaron a nosotros como opacas salvas de artillería en el parque de diversiones de la otra cuadra.

Por lo visto, estaban produciéndose en algún punto no muy distante del que nos encontrábamos, en dirección sudoeste. En grados menos audibles, como intercalado entre las grandes salvas, percibimos un seco y apagado martilleo, como si estuvieran disparando una metralla bajo un colchón.

Buenos Aires podía encontrarse a unas veintitantas millas detrás de la banda de niebla en esa misma orientación, y ahora volvían a tronar los motores de unos aviones que esta vez se acercaban a nosotros para dejarnos rápidamente atrás, tomando el rumbo de Montevideo.

"¡Mi Dios...!", exclamó mamá con los ojos puestos más allá de la escotilla: "¿Qué es todo esto?"

"Parece un bombardeo", murmuró el Gringo.

"¡Pero no es posible!"

"No, no es posible. A menos que lo sea. Tal vez se trate de maniobras."

"¿Con qué motivo?"

"Siempre tienen motivos...".

Encendimos el motor Continental, que estalló de inmediato con una especie de tos ahogada, despidiendo un fuerte olor a nafta. Un minuto después navegábamos de nuevo hacia oriente, donde la niebla ya casi se había disipado. Fondeamos en Colonia a eso de las tres de la tarde y en la rada no había nadie, salvo un yate de máquina, blanco y lujoso, de unos treinta metros de eslora y proa encumbrada. Unas personas observaban nuestro arribo sobre la borda de popa, exactamente como si hubieran estado aguardándonos.

No es que hubieran estado allí esperándonos expresamente como si fuéramos el *Andrea Doria*, o los punteros de una regata internacional. Nada de eso era posible ya que jamás nos habíamos visto, ni ellos –fueran quienes fuesen– habían tenido la menor noción de nosotros, ni siquiera en un sentido que permitiera una identificación inmediata (aunque no necesariamente de familiar conocimiento), y no había, por lo demás, motivo alguno para que semejante cosa sucediera, a menos que el azar interviniera distribuyendo datos y signos dispersos. No, no era eso, aunque años más tarde los hechos hayan podido acomodarse de una forma tal que nos dieran la oportunidad de imaginar aquel encuentro como parte fundante en el diseño de una vida y como las claves que la explican.

Y no sólo de una vida, por supuesto.

Pero lo cierto es que en aquel momento se trataba de algo mucho menos personal ya que, en definitiva, no éramos sino un velero que parecía venir de Buenos Aires en momentos muy peculiares y un día especialmente inadecuado para las travesías deportivas o de placer.

De modo que estábamos allí y habíamos amarrado y alguien, de la borda del lujoso yate nos había preguntado si estábamos al corriente de lo que sucedía en Buenos Aires, y cómo habíamos hecho, en cualquier caso, para salir con semejantes condiciones. Y nosotros –o mejor dicho mamá y el Gringo– confesamos no saber nada, a menos que aquellos aviones y aquellas explosiones significaran un bombardeo, y entonces ellos nos dijeron que en efecto se trataba de eso, y que la aviación de la Marina había bombardeado el centro de la ciudad, sobre todo Plaza de Mayo y la Casa Rosada con el propósito de liquidar a Perón, y que si bien nada se sabía sobre el paradero de Perón ya todo el mundo estaba al tanto de que había unas trescientas o cuatrocientas víctimas y que las noticias eran en general espantosas, porque en esas condiciones el país no tardaría en caer en el caos. Ellos estaban informados porque no paraban de escuchar la radio desde la mañana, y en Colonia la información de los sucesos era abundante, ya que en Uruguay no existía la censura.

Luego nos rogaron que subiéramos y subimos al barco, seguramente impulsados por el astringente mandato de la novedad y la excitación particular que produce la catástrofe.

Pero llegado a ese punto (Saurat explicaría más tarde a Karen Erdrich), mi memoria tiende a seleccionar la realidad de manera caprichosa, dejando posiblemente de lado valiosas secuencias intermedias, y aniquilando así (me temo) los prodigios del detalle.

Por ejemplo: ¿fue una decisión espontánea la de aceptar la invitación, o hubo cabildeos previos? ¿No objetó mamá –fiel a su estilo– nuestro aspecto quizás poco presentable, ya que éramos navegantes de fajina? Y el Gringo –según cabía esperar de él– ¿no comentó, al evaluar con fríos ojos la inminencia del casco blanco: "Barco de ricos, dos motores diésel, seguramente, unas treinta y cinco toneladas de despilfarro..."? Sigo creyendo que mi hermana Helena saltaba de contenta instándonos a subir, porque ella quería conocer a los ricos. Pero mi hermana nada recuerda de todo eso, y hoy asegura que la actitud atribuida a ella es tan sólo un pérfido recurso de mi imaginación. Puede ser.

Olvidé, por ejemplo, las presentaciones. Y no recuerdo en qué momento el hombre elegante y bronceado (en pleno junio) y su bellísima mujer –que parecía entonces una joven de no mucho más de veinte años– dijeron llamarse Leo y Vera Mayer. Pero años más tarde, el Gringo me contó que Leo había conocido a su padre, el viejo Sommerfield, gracias a un negocio que hicieron en las canteras, y en aquella oportunidad, Leo dijo: "Sommerfield, Sommerfield... Pero ese nombre me dice algo".

Veo, en cambio, una luz de ocaso sin sombras en la cabina principal, una especie de salón art déco bañado en una claridad color champagne que imponía a la atmósfera un suave centelleo rubio, haciendo que los espacios vacíos entre las personas y las cosas adquirieran una cualidad específica, de inocupable ingravidez, puestos allí sólo para conferir mayor relieve a cada uno de nosotros y cada uno de los objetos que allí lucían.

La luz, en efecto, poseía una virtud especial, sedativa, pero no era la luz de un sueño, sino la de una realidad concreta, aunque poco habitual. La limpieza y el orden –creo recordar– eran notables a pesar del mal tiempo, y las agarraderas y ribetes de bronce que ajustaban y recorrían los extremos y los bordes de los muebles fijos de caoba clara brillaban con un lustre reciente.

Un ligero olor a trementina y el vago aroma del whisky parecían proclamar los gustos varoniles del patrón, impecablemente vestido con pantalones de franela ligera y un suéter azul marino de cuello alto y volcado, que más tarde nos pidió que nos quedáramos a comer con ellos, explicando que se trataba de una pequeña reunión familiar destinada, en principio, a celebrarse en Buenos Aires, pero dada la situación era preferible permanecer, por lo menos un día más, en un puerto "neutral".

En suma, la señora cumplía treinta y un años, y aquel jueves era justamente el 16 de junio de 1955 y, como solía decirse entonces, "la revolución" había arruinado la fiesta, sobre todo (y de esto no me caben dudas) porque había sido sofocada, cosa que supimos al final de la tarde. El gobierno de Perón seguía en pie, aunque quizá en un solo pie y seguramente maltrecho, por lo cual –creo que dijo mamá– no se podía esperar nada bueno de los tiempos inmediatamente venideros.

Ahora recuerdo (e imagino) al Gringo diciendo que no era fácil elegir entre los corruptos detestables y los despiadados asesinos. Y creo que Leo le dijo que no era imprescindible tomar una decisión comprometida en ningún sentido, por lo menos no en lo inmediato.

De acuerdo (pudo haber dicho el Gringo), trescientos muertos en la calle es una barbaridad. Lo de los muertos (sospecho que dijo Leo) puede ser un siniestro ardid, una forma de recurrir a la idea del sacrificio y del martirio: no olvidemos que este gobierno alteró la conducta política tradicional de este país... Ah, por cierto (habría agregado el Gringo), la atrocidad de unos no prueba la virtud de los otros. Yo me pregunto (habría conjeturado Leo) qué opinaríamos si el golpe no hubiera sido abortado... En ese caso (consideraría el Gringo), es posible que nos inclináramos a justificar la carnicería avalando la razón del vencedor, lo que sería igualmente atroz. Por favor, un poco más de ese whisky... Gracias. Tengo esta botella desde hace veinte años (creo recordar que dijo Leo), me la regalaron en Londres antes de la guerra. Recuerdo la cara del Gringo paladeando el trago: aprobada, pero su cortesía no le permitía el exceso expresivo de un reconocimiento totalmente abierto. Muy bueno, murmuró. Creo haberlo gustado en esos años, también en Londres. Y después, volviendo al tema, sacudió la cabeza para decir: "Siempre creí que en la Argentina uno podía ser neutral...".

No sé qué cosa pudo haber dicho Leo y no recuerdo, en definitiva, qué derroteros tomó la charla, porque la escena escapa ahora al foco de mi atención en beneficio de otras quizás no necesariamente correlativa, aunque seguramente debió preceder o suceder a la anterior, ya que en ésta estamos todos sentados a la mesa, muy bien servida por un marinero vestido de noche –el mis-

Por Rodolfo Rabanal

LA VIDA BRILLANTE

¿Y después, qué había habido, qué había ocurrido en los fundamentales días siguientes? Después siguió el mal tiempo de un invierno más húmedo que frío, con vientos de inundación y bancos de niebla que hacían del Obelisco, en pleno centro de la ciudad, una raya misteriosa en medio del abandono. Y llegó junio, el mes de la diosa próspera, y yo cumplí mis doce años, y tuve una erección sostenida y una eyaculación imprevista, lo cual fue excitante y promisor, ya que si la vida adulta consistía mayormente en esas erecciones y eyaculaciones pletóricas, no había demasiados motivos para lamentarse. Y por cierto, empecé a ver las cosas de otro modo. La proximidad de las jóvenes amigas de mi madre me perturbaba. En los ómnibus –en los que siempre se viajó apretado– olía a las mujeres con un estremecimiento de delicia. Mi joven y fresco deseo se desplegaba como una ola interminable sobre el panorama familiar de tías y primas: pero entonces el Paraíso y el Infierno rozaron sus dominios con reflexiones oscuras, donde el orden de la naturaleza era objetado por el orden moral.

Mis noches eran agitadas.

De todos modos, aquél era un año maligno, y la gente decía que todo se venía abajo, y que era una vergüenza tolerar el estado de cosas presente. Mi vago cristianismo, infiltrado de nociones católicas de segunda mano, me llevó a suponer que la vasta licencia de mis anhelos era en parte responsable de aquel disgusto nacional.

Todo el mundo se refería al gobierno y a la persona de Perón y a la de algunos de sus ministros. Perón hablaba y su voz se difundía en cadena por Radio del Estado, y aquéllos eran sus graves discursos finales. Un sábado, mamá y el Gringo dijeron que había habido refriegas en torno de la Catedral. Era la fiesta de Corpus y a la salida de misa se quemaron autos y se hicieron algunos disparos al aire. Esta vez, mi madre temía por la seguridad de la oficina: "Estamos a un paso de Plaza de Mayo...". El Gringo trató de serenarla argumentando que "en este país, difícilmente la sangre llegue al río". Pero me parecía que hablaba en falso, en un tono convencional que traicionaba su verdadero estilo. A su tono le faltaba el sacrílego entusiasmo que solía distinguirlo.

Al día siguiente hubo otro enfrentamiento y se quemaron banderas. Fue un gran escándalo y los antiperonistas decían que era un ardid de los agentes del oficialismo para precipitar los hechos y sofocar la revuelta que se estaba gestando. El peronismo resolvió entonces desagraviar a la bandera y a la memoria de Eva que, al parecer, también había sido ofendida, y hubo un paro general de actividades por veinticuatro horas y Perón habló desde el Congreso frente a una gran multitud bastante enardecida.

Fue entonces cuando el Gringo decidió que nos tomáramos unos días lejos de ese "batifondo". Vayamos a Colonia, propuso, hasta que se aquiete el avispero. Mamá estuvo inmediatamente de acuerdo, aunque salir a navegar significaba un feriado fuera de calendario, pero cinco días no irían a cambiar nada en absoluto y cinco días era todo lo que ellos necesitaban, así que nos fuimos muy temprano a la mañana siguiente, ignorando que aquella partida adquiriría una significación incalculable, cambiando el curso del presente y reorientando el diseño del futuro.

Recuerdo un amanecer amarillo y un frío de cuatro grados. El Río de la Plata fue siempre un río melancólico. Escuadras enteras de barcazas y viejos buques se pudren en su lecho incierto y oscuro sin que jamás nadie los haya reflotado. Cuando uno lo atraviesa rumbo a la costa uruguaya, navega esquivando montañas de desechos navales. Esta mañana amenazaba brumosa y teníamos el motor listo por si nos atrapaba un banco. Las aguas eran mansas y oscuras y durante la primera hora sopló un viento favorable y pusimos rumbo a Colonia, mientras retrocedía el frente gris de Buenos Aires, hundiéndose en la línea deprimida de un horizonte color pizarra.

Helena y yo estábamos bastante alegres porque faltábamos a clases con autorización paterna y porque siempre, invariablemente, era mucho mejor navegar que ir al colegio, aunque a veces nos apretara una tormenta y nos sacudiera hasta revolvernos las tripas.

Mamá trataba de mostrarse animada pero era visible que estaba haciendo un esfuerzo, y el Gringo, que siempre nos estimulaba como si fuéramos marineros bajo sus órdenes, se mantenía callado. Sólo dijo:

"Viene mal tiempo. Vamos a arriar", y a nosotros: "Ustedes es mejor que se pongan los chalecos". Mamá se movía en silencio como si temiera despertar a la Hidra dormida bajo la quilla del barco.

Vimos la cerrazón y la bruma apenas luminosa, como vaho que flotara sobre el agua, y luego empezó a lloviznar, y era como estar en medio de una nube, de manera que arriamos y nos detuvimos en el mudo vaivén de una calma opalina y hueca.

Era cerca de mediodía y mamá sirvió milanesas y todos comimos despacio bajo la protección de la cabina. El barco se mecía apenas en el abandono sin amarras. Estaríamos a medio camino entre Buenos Aires y Colonia, y si seguíamos ahora navegando llegaríamos a puerto en un par de horas. Esta noche, dijo el Gringo, podemos ir a comer al hotel Suizo. Era un programa. El hotel Suizo estaba en medio del campo y era –y sigue siendo– un lugar confortable y acogedor. A mí me gustaban los copiosos desayunos. Mientras comíamos nuestras milanesas escuchamos el nítido ronquido de un avión volando a baja altura, y luego, inmediatamente, otro. El Gringo se asomó a mirar pero no vio nada. No había transcurrido medio segundo cuando escuchamos que una verdadera escuadrilla nos sobrevolaba.

"Parece una demostración", conjeturó mi padre. Mamá salió a husmear la atmósfera como un sabueso; la niebla había empezado a disiparse pero la visibilidad seguía siendo escasa. En compensación, el río en calma permitía que los sonidos se transmitieran con enorme facilidad. Por eso, las explosiones llegaron a nosotros como opacas salvas de artillería en el parque de diversiones de la otra cuadra.

Por lo visto, estaban produciéndose en algún punto no muy distante del que nos encontrábamos, en dirección sudoeste. En grados menos audibles, como intercalado entre las grandes salvas, percibimos un seco y apagado martilleo, como si estuvieran disparando una metralla bajo un colchón.

Buenos Aires podía encontrarse a unas veintitantas millas detrás de la banda de niebla en esa misma orientación, y ahora volvían a tronar los motores de unos aviones que esta vez se acercaban a nosotros para dejarnos rápidamente atrás, tomando el rumbo de Montevideo.

"¡Mi Dios...!", exclamó mamá con los ojos puestos más allá de la escotilla: "¿Qué es todo esto?"

"Parece un bombardeo", murmuró el Gringo.

"¡Pero no es posible!"

"No, no es posible. A menos que lo sea. Tal vez se trate de maniobras."

"¿Con qué motivo?"

"Siempre tienen motivos...".

Encendimos el motor Continental, que estalló de inmediato con una especie de tos ahogada, despidiendo un fuerte olor a nafta. Un minuto después navegábamos de nuevo hacia oriente, donde la niebla ya casi se había disipado. Fondeamos en Colonia a eso de las tres de la tarde y en la rada no había nadie, salvo un yate de máquina, blanco y lujoso, de unos treinta metros de eslora y proa encumbrada. Unas personas observaban nuestro arribo sobre la borda de popa, exactamente como si hubieran estado aguardándonos.

No es que hubieran estado allí esperándonos expresamente como si fuéramos el *Andrea Doria*, o los punteros de una regata internacional. Nada de eso era posible ya que jamás nos habíamos visto, ni ellos –fueran quienes fuesen– habían tenido la menor noción de nosotros, ni siquiera en un sentido que permitiera una identificación inmediata (aunque no necesariamente de familiar conocimiento), y no había, por lo demás, motivo alguno para que semejante cosa sucediera, a menos que el azar interviniera distribuyendo datos y signos dispersos. No, no era eso, aunque años más tarde los hechos hayan podido acomodarse de una forma tal que nos dieran la oportunidad de imaginar aquel encuentro como parte fundante en el diseño de una vida y como las claves que la explican.

Y no sólo de una vida, por supuesto.

Pero lo cierto es que en aquel momento se trataba de algo mucho menos personal ya que, en definitiva, no éramos sino un velero que parecía venir de Buenos Aires en momentos muy peculiares y un día especialmente inadecuado para las travesías deportivas o de placer.

De modo que estábamos allí y habíamos amarrado y alguien, de la borda del lujoso yate nos había preguntado si estábamos al corriente de lo que sucedía en Buenos Aires, y cómo habíamos hecho, en cualquier caso, para salir con semejantes condiciones. Y nosotros –o mejor dicho mamá y el Gringo– confesamos no saber nada, a menos que aquellos aviones y aquellas explosiones significaran un bombardeo, y entonces ellos nos dijeron que en efecto se trataba de eso, y que la aviación de la Marina había bombardeado el centro de la ciudad, sobre todo Plaza de Mayo y la Casa Rosada con el propósito de liquidar a Perón, y que si bien nada se sabía sobre el paradero de Perón ya todo el mundo estaba al tanto de que había unas trescientas o cuatrocientas víctimas y que las noticias eran en general espantosas, porque en esas condiciones el país no tardaría en caer en el caos. Ellos estaban informados porque no paraban de escuchar la radio desde la mañana, y en Colonia la información de los sucesos era abundante, ya que en Uruguay no existía la censura.

Luego nos rogaron que subiéramos y subimos al barco, seguramente impulsados por el astringente mandato de la novedad y la excitación particular que produce la catástrofe.

Pero llegado a ese punto (Saurat explicaría más tarde a Karen Erdrich), mi memoria tiende a seleccionar la realidad de manera caprichosa, dejando posiblemente de lado valiosas secuencias intermedias, y aniquilando así (me temo) los prodigios del detalle.

Por ejemplo: ¿fue una decisión espontánea la de aceptar la invitación, o hubo cabildeos previos? ¿No objetó mamá –fiel a su estilo– nuestro aspecto quizás poco presentable, ya que éramos navegantes de fajina? Y el Gringo –según cabía esperar de él– ¿no comentó, al evaluar con fríos ojos la inminencia del casco blanco: "Barco de ricos, dos motores diésel, seguramente, unas treinta y cinco toneladas de despilfarro..."? Sigo creyendo que mi hermana Helena saltaba de contenta instándonos a subir, porque ella quería conocer a los ricos. Pero mi hermana nada recuerda de todo eso, y hoy asegura que la actitud atribuida a ella es tan sólo un pérfido recurso de mi imaginación. Puede ser.

Olvidé, por ejemplo, las presentaciones. Y no recuerdo en qué momento el hombre elegante y bronceado (en pleno junio) y su bellísima mujer –que parecía entonces una joven de no mucho más de veinte años– dijeron llamarse Leo y Vera Mayer. Pero años más tarde, el Gringo me contó que Leo había conocido a su padre, el viejo Sommerfield, gracias a un negocio que hicieron en las canteras, y en aquella oportunidad, Leo dijo: "Sommerfield, Sommerfield... Pero ese nombre me dice algo".

Veo, en cambio, una luz de ocaso sin sombras en la cabina principal, una especie de salón art déco bañado en una claridad color champagne que imponía a la atmósfera un suave centelleo rubio, haciendo que los espacios vacíos entre las personas y las cosas adquirieran una cualidad específica, de inocupable ingravidez, puestos allí sólo para conferir mayor relieve a cada uno de nosotros y cada uno de los objetos que allí lucían.

La luz, en efecto, poseía una virtud especial, sedativa, pero no era la luz de un sueño, sino la de una realidad concreta, aunque poco habitual. La limpieza y el orden –creo recordar– eran notables a pesar del mal tiempo, y las agarraderas y ribetes de bronce que ajustaban y recorrían los extremos y los bordes de los muebles fijos de caoba clara brillaban con un lustre reciente.

Un ligero olor a trementina y el vago aroma del whisky parecían proclamar los gustos varoniles del patrón, impecablemente vestido con pantalones de franela ligera y un suéter azul marino de cuello alto y volcado, que más tarde nos pidió que nos quedáramos a comer con ellos, explicando que se trataba de una pequeña reunión familiar destinada, en principio, a celebrarse en Buenos Aires, pero dada la situación era preferible permanecer, por lo menos un día más, en un puerto "neutral".

En suma, la señora cumplía treinta y un años, y aquel jueves era justamente el 16 de junio de 1955 y, como solía decirse entonces, "la revolución" había arruinado la fiesta, sobre todo (y de esto no me caben dudas) porque había sido sofocada, cosa que supimos al final de la tarde. El gobierno de Perón seguía en pie, aunque quizá en un solo pie y seguramente maltrecho, por lo cual –creo que dijo mamá– no se podía esperar nada bueno de los tiempos inmediatamente venideros.

Ahora recuerdo (e imagino) al Gringo diciendo que no era fácil elegir entre los corruptos detestables y los despiadados asesinos. Y creo que Leo le dijo que no era imprescindible tomar una decisión comprometida en ningún sentido, por lo menos no en lo inmediato.

De acuerdo (pudo haber dicho el Gringo), trescientos muertos en la calle es una barbaridad. Lo de los muertos (sospecho que dijo Leo) puede ser un siniestro ardid, una forma de recurrir a la idea del sacrificio y del martirio: no olvidemos que este gobierno alteró la conducta política tradicional de este país... Ah, por cierto (habría agregado el Gringo), la atrocidad de unos no prueba la virtud de los otros. Yo me pregunto (habría conjeturado Leo) qué opinaríamos si el golpe no hubiera sido abortado... En ese caso (consideraría el Gringo), es posible que nos inclináramos a justificar la carnicería avalando la razón del vencedor, lo que sería igualmente atroz. Por favor, un poco más de ese whisky... Gracias. Tengo esta botella desde hace veinte años (creo recordar que dijo Leo), me la regalaron en Londres antes de la guerra. Recuerdo la cara del Gringo paladeando el trago: aprobada, pero su cortesía no le permitía el exceso expresivo de un reconocimiento totalmente abierto. Muy bueno, murmuró. Creo haberlo gustado en esos años, también en Londres. Y después, volviendo al tema, sacudió la cabeza para decir: "Siempre creí que en la Argentina uno podía ser neutral...".

No sé qué cosa pudo haber dicho Leo y no recuerdo, en definitiva, qué derroteros tomó la charla, porque la escena escapa ahora al foco de mi atención en beneficio de otras quizás no necesariamente correlativa, aunque seguramente debió preceder o suceder a la anterior, ya que en ésta estamos todos sentados a la mesa, muy bien servida por un marinero vestido de noche –el mismo que se ocupaba de los motores–, siempre bajo el magnético influjo de aquella luminosidad líquida, o en todo caso delicadamente fluida como el reflejo quieto de aguas doradas, una luz –pienso ahora– que favorecía el rubio tono de todos ellos y el lustre deportivo de sus pieles bronceadas. Los Mayer venían de Brasil, y habían visitado Bahía y Río, permaneciendo sobre todo en Río para aprovechar las tranquilas y soleadas playas de invierno.

Entonces Bobby y yo compartimos por primera vez una mesa. Nos habían sentado juntos en uno de los extremos, mientras que a Helena la habían ubicado en otra mesa con el grupo de los chicos. Marisa, entre ellos, un varón de no más de siete años y otra niña de más o menos la misma edad. Bobby tenía doce, como yo, y era rubio como sus padres y su hermana Marisa, con unos ojos claros manchados de celeste y una mirada particularmente aguda, como si el ejercicio de una astucia que yo entonces desconocía la hubiese afilado hasta tornarla penetrante y casi insoportable para quien la confrontaba por primera vez. La boca, fina e inocente, casi mujeril, contrastaba con sus ojos, del mismo modo que contrastan, de manera trastornante, los términos independientes de un doble mensaje. Las mejillas eran anchas y saludables como un anticipo de gordura que, sin embargo, jamás alcanzaría extremos alarmantes.

Los mayores seguían hablando. Aceros, decía Leo, y también plásticos, sobre todo en las nuevas plantas de San Pablo. Pero los bancos son la base: "Creo que sólo sé de bancos...". Bebían ahora champagne, un Bollinger del año anterior, del cual recibí al principio de la comida dos dedos por la gracia (licenciosa) de Vera, que ordenó al marinero que sirviera "un poco a los hombrecitos, para eso es mi día". Unas paltas coronadas de caviar rojo llegaron a mí como una ofrenda. Te doy la mía, dijo Bobby, yo paso. Era ya su educación, un reflejo que no perdió nunca, pero no su única naturaleza, porque el verdadero personaje enmascarado bajo el gesto obsequioso no tardaría en mostrarse.

Detrás de las paltas vino un bife "au poivre" asado al brandy (no tengo el menú preciso de aquella noche, pero lo adivino basándome en la memoria de las comidas que vendrían con los años) y Bobby lo observó entonces con cuidado, utilizando los cubiertos con la distante delicadeza –algo repulsiva– de un cirujano en el quirófano, pero luego atacó la carne y hundió la nariz en el plato como un pájaro basurero. Su madre, globalmente vigilante, pescó la actitud al vuelo y le echó una mirada de advertencia levantando la fina ceja izquierda.

Con todo, se la veía divertida y naturalmente tolerante. Llevaba el pelo color trigo recogido en una gruesa trenza que le permitía exhibir el pescuezo desnudo, con el fino y altivo tallo de la nuca, más clara que el resto de la piel bañada de sol. Un breve collar de perlas gruesas le caía por debajo de la garganta para rematar en una especie de lágrima hundida en el socavón de sus pechos.

Imagino que ha de haber sido poco fácil para un chico de doce años asimilar cabalmente la suma de encantos que aquella mujer irradiaba, pero la incapacidad de definirlos no me defendía de su influjo. Y Bobby debió haberlo notado. Debió advertir, seguramente, el trayecto de mis ojos en pos de esa recurrente meta que era la luminosa garganta de su madre, porque la miró como un pequeño macho en celo y luego me miró a mí con visibles deseos de aniquilarme. Pero ella, Vera, ya no participaba de la escena y decía, creo, cosas de rutina, como el champagne es mi debilidad o alguna observación de ese tipo (dirigidas a mamá), acerca de la cocina o sobre la cantidad justa de pimienta que debía llevar el bife.

Oí que el Gringo decía exportaciones e importaciones con un pie en la madera y que Leo comentaba lo que más funciona es el comercio exterior, si usted me permite. De todos modos, no es la mejor de las épocas. Es cierto, no del todo buena, pero en el fondo este país es como un barco insumergible. Mamá volvió a decir que les temía al desorden, a las situaciones de violencia y que permanentemente debía hacer un considerable esfuerzo para evitar que ese sentimiento sobrepujara su entusiasmo.

Vera la miraba con simpatía; su ancha boca exhibía el brillo de los dientes, y los ojos color mar, distantes de la comprensión de esos temores, trataban al menos de mostrar una adhesión impremeditada. Ella –imaginé yo entonces– sobrevuela el terreno áspero: cuando estalla la guerra en Europa está en América, cuando caen las bombas sobre Buenos Aires está en Río.

Aquélla parecía ser mi noche de grandes y sorprendentes despliegues imaginativos (muchas otras se me irían a ofrecer más tarde bajo el mismo estímulo), alentado como estaba por la perversa solicitud del camarero, que había vuelto a servirnos champagne con el simulado descuido de un corruptor sigiloso pero certero. Todos brindaron (una vez más) por los radiantes años de la dueña de casa, de quien mamá dijo que llevaba tan espléndidamente su edad que parecía tener diez años menos. A lo que ella respondió –riendo halagada– no vayan a creer que todo es un jardín de rosas, cuando tenía quince me vestía como una señora porque parecía una chica de once, y no había forma de que me tomaran en serio.

En ese momento –creo que fue en ese momento– llegaron las peras Hélène con salsa caliente de chocolate, y Bobby comentó por lo bajo que esa salsa no tenía la temperatura adecuada, pero que de cualquier forma podía pasar. Era un prodigio o un gran embustero. Yo ignoraba en ese tiempo que alguien pudiera ser las dos cosas a la vez. E ignoraba inclusive el especial talento que exige ser un auténtico embustero.

Me dijo que le gustaba Elvis Presley, y que James Dean le parecía un boludo. Me reí, y él me advirtió muy seriamente que delante de su hermana no hablara mal de James Dean porque era su ídolo. Y entonces, como si la hubiéramos invocado, apareció la niña. Había dejado la mesa de los menores y traía en los brazos un cachorro de Manto Negro que se llamaba Puck, o Duck.

"Es lindo –me dijo– pero idiota. ¿Te gustan los perros? Bobby tiene un gato, Mr. Churchill, pero es un degenerado."

"Te dije mil veces que no me llames Bobby", dijo él lentamente.

"Ok, Bo."

"Mr. Churchill lee los pensamientos –aclaró Bobby–. Los gatos son psíquicos y sagrados. Vienen de Egipto, ¿sabías? Los perros, en cambio, pertenecen a una categoría inferior. Son esclavos."

Esa forma asertiva de hablar iría a caracterizar su estilo concluyente a lo largo de la adolescencia y en los tramos iniciales de la primera juventud, permitiéndole de un modo arbitrario inhabilitar las argumentaciones de sus interlocutores con sentencias que a veces carecían de todo fundamento, pero en ningún caso de una convicción íntima tan fuertemente arraigada que no pudiera quebrantar la voluntad de los otros. Yo estaba asistiendo a la fragua de Bobby el Temible.

"El año que viene hago el Bar-mitzvah" me dijo muy serio y observando mi reacción.

"¿Qué es eso?"

Ahora me miró sorprendido.

"¿Cómo qué es eso...? ¿No sos judío?"

"No, no somos judíos."

Me consideró rápidamente sin saber qué actitud adoptar. Al fin, me explicó:

"La ceremonia de la iniciación. Paso a ser hombre y formo parte de la Comunidad."

Juro que no supe qué decir. Pero sentí una vaga envidia. Mientras tanto, Marisa (que parecía estudiarme) comentó:

"Tu hermana me ha dicho que tenés doce años y que hablás inglés peor que ella." Probablemente, la insolencia me habría irritado de no mediar el desconcierto –arrobado– que me produjo descubrir el lento, precoz e incitante reconocimiento que sus ojos estaban haciendo de mi persona.

Sospecho que en esos años Nabokov ya había escrito *Lolita*, pero ahora sé que el modelo natural de la nínfula aportado por la pequeña Marisa Mayer superaba y anticipaba el diseño de la diabólica Dolores Haze, que trastorna al mísero Humbert Humbert.

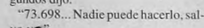
En Marisa, que entonces tenía nueve años y la figura de un junco apenas sinuoso (echado un poco hacia atrás por una brisa benévola), el brote de la pubertad empezaba ya a perturbar la visible niñez, no tanto todavía como una alusión de la carne, sino como el desborde de un espíritu. Rubia como todos ellos, su pelo partido descuidadamente al medio ofrecía un atractivo litigio de tonos, entre la miel blanca y el fuego encendido. Y es verdad que miraba como su madre, copiando seguramente el éxito de una naturaleza cuidada, desde unos ojos anchos y de un gris amarillento sumamente claro, apretados como gemas en el tope de unos pómulos altos, francamente eslavos y morenos de sol. La nariz fina y un poco levantada en la punta mostraba un reguero de pecas. Su boca, de labios moderadamente carnosos, era ya una flor madura donde tanto podía centellear la perfidias sin inocencia como el atropello goloso de la infancia. Esta vez, las largas comisuras de sus labios exhibían dos hilos de chocolate que ella relamía con súbitos golpes de lengua.

Por lo demás, era plana como una tabla, sin vientre ni atisbo de pechos y quizá demasiado flaca, o al menos así lo parecía, metida como estaba en una especie de largo vestido Liberty de franela, que le llegaba hasta más abajo de las rodillas. Pero su cara ya era irresistible, y mis ojos, un poco ebrios a esa altura, iban de ella a su madre como quien pasa de una a otra versión de un mismo ejemplar.

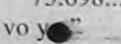
Su madre, que ahora se llevaba una larga y pálida mano al collar de perlas, rozándolas con la punta de los dedos como si merecieran un meticuloso afecto.

Ya no sé de qué se hablaba, y tampoco advertí de inmediato que Bobby me desafiaba a multiplicar mentalmente 346 por 213 como si con ello se jugara la vida.

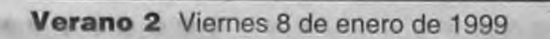
No esperó a que yo contestara, se concentró, se chupó los finos labios y al cabo de unos segundos dijo:



"73.698... Nadie puede hacerlo, salvo yo."



Fragmento del Capítulo 8 de la novela *La vida brillante* de Rodolfo Rabanal (Planeta, 1993).



Por Rodolfo Rabanal

ANTE

mo que se ocupaba de los motores–, siempre bajo el magnético influjo de aquella luminosidad líquida, o en todo caso delicadamente fluida como el reflejo quieto de aguas doradas, una luz –pienso ahora– que favorecía el rubio tono de todos ellos y el lustre deportivo de sus pieles bronceadas. Los Mayer venían de Brasil, y habían visitado Bahía y Río, permaneciendo sobre todo en Río para aprovechar las tranquilas y soleadas playas de invierno.

Entonces Bobby y yo compartimos por primera vez una mesa. Nos habían sentado juntos en uno de los extremos, mientras que a Helena la habían ubicado en otra mesa con el grupo de los chicos. Marisa, entre ellos, un varón de no más de siete años y otra niña de más o menos la misma edad. Bobby tenía doce, como yo, y era rubio como sus padres y su hermana Marisa, con unos ojos claros manchados de celeste y una mirada particularmente aguda, como si el ejercicio de una astucia que yo entonces desconocía la hubiese afilado hasta tornarla penetrante y casi insoportable para quien la confrontaba por primera vez. La boca, fina e inocente, casi mujeril, contrastaba con sus ojos, del mismo modo que contrastan, de manera trastornante, los términos independientes de un doble mensaje. Las mejillas eran anchas y saludables como un anticipo de gordura que, sin embargo, jamás alcanzaría extremos alarmantes.

Los mayores seguían hablando. Aceros, decía Leo, y también plásticos, sobre todo en las nuevas plantas de San Pablo. Pero los bancos son la base: "Creo que sólo sé de bancos...". Bebían ahora champagne, un Bollinger del año anterior, del cual recibí al principio de la comida dos dedos por la gracia (licenciosa) de Vera, que ordenó al marinero que sirviera "un poco a los hombrecitos, para eso es mi día". Unas paltas coronadas de caviar rojo llegaron a mí como una ofrenda. Te doy la mía, dijo Bobby, yo paso. Era ya su educación, un reflejo que no perdió nunca, pero no su única naturaleza, porque el verdadero personaje enmascarado bajo el gesto obsequioso no tardaría en mostrarse.

Detrás de las paltas vino un bife "au poivre" asado al brandy (no tengo el menú preciso de aquella noche, pero lo adivino basándome en la memoria de las comidas que vendrían con los años) y Bobby lo observó entonces con cuidado, utilizando los cubiertos con la distante delicadeza –algo repulsiva– de un cirujano en el quirófano, pero luego atacó la carne y hundió la nariz en el plato como un pájaro basurero. Su madre, globalmente vigilante, pescó la actitud al vuelo y le echó una mirada de advertencia levantando la fina ceja izquierda.

Con todo, se la veía divertida y naturalmente tolerante. Llevaba el pelo color trigo recogido en una gruesa trenza que le permitía exhibir el pescuezo desnudo, con el fino y altivo tallo de la nuca, más clara que el resto de la piel bañada de sol. Un breve collar de perlas gruesas le caía por debajo de la garganta para rematar en una especie de lágrima hundida en el socavón de sus pechos.

Imagino que ha de haber sido poco fácil para un chico de doce años asimilar cabalmente la suma de encantos que aquella mujer irradiaba, pero la incapacidad de definirlos no me defendía de su influjo. Y Bobby debió haberlo notado. Debió advertir, seguramente, el trayecto de mis ojos en pos de esa recurrente meta que era la luminosa garganta de su madre, porque la miró como un pequeño macho en celo y luego me miró a mí con visibles deseos de aniquilarme. Pero ella, Vera, ya no participaba de la escena y decía, creo, cosas de rutina, como el champagne es mi debilidad o alguna observación de ese tipo (dirigidas a mamá), acerca de la cocina o sobre la cantidad justa de pimienta que debía llevar el bife.

Of que el Gringo decía exportaciones e importaciones con un pie en la madera y que Leo comentaba lo que más funciona es el comercio exterior, si usted me permite. De todos modos, no es la mejor de las épocas. Es cierto, no del todo buena, pero en el fondo este país es como un barco insumergible. Mamá volvió a decir que les temía al desorden, a las situaciones de violencia y que permanentemente debía hacer un considerable esfuerzo para evitar que ese sentimiento sobrepujara su entusiasmo.



Vera la miraba con simpatía; su ancha boca exhibía el brillo de los dientes, y los ojos color mar, distantes de la comprensión de esos temores, trataban al menos de mostrar una adhesión impremeditada. Ella –imaginé yo entonces– sobrevuela el terreno áspero: cuando estalla la guerra en Europa está en América, cuando caen las bombas sobre Buenos Aires está en Río.

Aquélla parecía ser mi noche de grandes y sorprendentes despliegues imaginativos (muchas otras se me irían a ofrecer más tarde bajo el mismo estímulo), alentado como estaba por la perversa solicitud del camarero, que había vuelto a servirnos champagne con el simulado descuido de un corruptor sigiloso pero certero. Todos brindaron (una vez más) por los radiantes años de la dueña de casa, de quien mamá dijo que llevaba tan espléndidamente su edad que parecía tener diez años menos. A lo que ella respondió –riendo halagada– no vayan a creer que todo es un jardín de rosas, cuando tenía quince me vestía como una señora porque parecía una chica de once, y no había forma de que me tomaran en serio.

En ese momento –creo que fue en ese momento– llegaron las peras Hélène con salsa caliente de chocolate, y Bobby comentó por lo bajo que esa salsa no tenía la temperatura adecuada, pero que de cualquier forma podía pasar. Era un prodigio o un gran embustero. Yo ignoraba en ese tiempo que alguien pudiera ser las dos cosas a la vez. E ignoraba inclusive el especial talento que exige ser un auténtico embustero.

Me dijo que le gustaba Elvis Presley, y que James Dean le parecía un boludo. Me reí, y él me advirtió muy seriamente que delante de su hermana no hablara mal de James Dean porque era su ídolo. Y entonces, como si la hubiéramos invocado, apareció la niña. Había dejado la mesa de los menores y traía en los brazos un cachorro de Manto Negro que se llamaba Puck, o Duck.

"Es lindo –me dijo– pero idiota. ¿Te gustan los perros? Bobby tiene un gato, Mr. Churchill, pero es un degenerado."

"Te dije mil veces que no me llames Bobby", dijo él lentamente.

"Ok, Bo."

"Mr. Churchill lee los pensamientos –aclaró Bobby–. Los gatos son psíquicos y sagrados. Vienen de Egipto, ¿sabías? Los perros, en cambio, pertenecen a una categoría inferior. Son esclavos."

Esa forma asertiva de hablar iría a caracterizar su estilo concluyente a lo largo de la adolescencia y en los tramos iniciales de la primera juventud, permitiéndole de un modo arbitrario inhabilitar las argumentaciones de sus interlocutores con sentencias que a veces carecían de todo fundamento, pero en ningún caso de una convicción íntima tan fuertemente arraigada que no pudiera quebrantar la voluntad de los otros. Yo estaba asistiendo a la fragua de Bobby el Temible.

"El año que viene hago el Bar-mitzvah" me dijo muy serio y observando mi reacción.

"¿Qué es eso?"

Ahora me miró sorprendido.

"¿Cómo qué es eso...? ¿No sos judío?"

"No, no somos judíos."

Me consideró rápidamente sin saber qué actitud adoptar. Al fin, me explicó:

"La ceremonia de la iniciación. Paso a ser hombre y formo parte de la Comunidad."

Juro que no supe qué decir. Pero sentí una vaga envidia. Mientras tanto, Marisa (que parecía estudiarme) comentó:

"Tu hermana me ha dicho que tenés doce años y que hablás inglés peor que ella." Probablemente, la insolencia me habría irritado de no mediar el desconcierto –arrobado– que me produjo descubrir el lento, precoz e incitante reconocimiento que sus ojos estaban haciendo de mi persona.

Sospecho que en esos años Nabokov ya había escrito *Lolita*, pero ahora sé que el modelo natural de la nínfula aportado por la pequeña Marisa Mayer superaba y anticipaba el diseño de la diabólica Dolores Haze, que trastorna al mísero Humbert Humbert.

En Marisa, que entonces tenía nueve años y la figura de un junco apenas sinuoso (echado un poco hacia atrás por una brisa benévola), el brote de la pubertad empezaba ya a perturbar la visible niñez, no tanto todavía como una alusión de la carne, sino como el desborde de un espíritu. Rubia como todos ellos, su pelo partido descuidadamente al medio ofrecía un atractivo litigio de tonos, entre la miel blanca y el fuego encendido. Y es verdad que miraba como su madre, copiando seguramente el éxito de una naturaleza cuidada, desde unos ojos anchos y de un gris amarillento sumamente claro, apretados como gemas en el tope de unos pómulos altos, francamente eslavos y morenos de sol. La nariz fina y un poco levantada en la punta mostraba un reguero de pecas. Su boca, de labios moderadamente carnosos, era ya una flor madura donde tanto podía centellear la perfidias sin inocencia como el atropello goloso de la infancia. Esta vez, las largas comisuras de sus labios exhibían dos hilos de chocolate que ella relamía con súbitos golpes de lengua.

Por lo demás, era plana como una tabla, sin vientre ni atisbo de pechos y quizá demasiado flaca, o al menos así lo parecía, metida como estaba en una especie de largo vestido Liberty de franela, que le llegaba hasta más abajo de las rodillas. Pero su cara ya era irresistible, y mis ojos, un poco ebrios a esa altura, iban de ella a su madre como quien pasa de una a otra versión de un mismo ejemplar.

Su madre, que ahora se llevaba una larga y pálida mano al collar de perlas, rozándolas con la punta de los dedos como si merecieran un meticuloso afecto.

Ya no sé de qué se hablaba, y tampoco advertí de inmediato que Bobby me desafiaba a multiplicar mentalmente 346 por 213 como si con ello se jugara la vida.

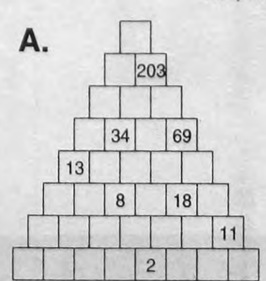
No esperó a que yo contestara, se concentró, se chupó los finos labios y al cabo de unos segundos dijo:

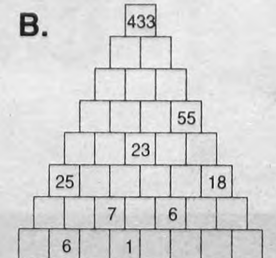
"73.698... Nadie puede hacerlo, salvo yo."

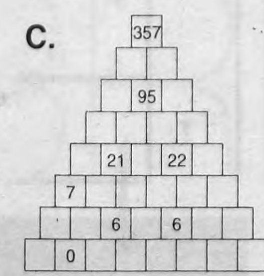
...*to de Rodolfo Rabanal (Planeta, 1993).*

Pirámides numéricas

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilsla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

A.


B.


C.


Un dulce hogar

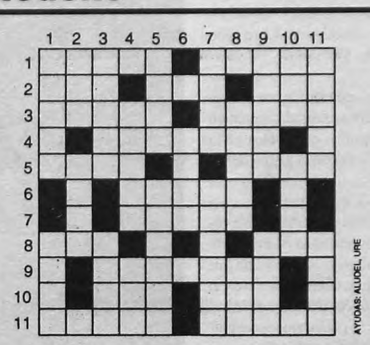
Todos los tíos y los primos pusieron manos a la obra y construyeron una enorme casa de chocolate para la única niñita de la familia. Descubra con qué clase de chocolate hicieron cada parte.

1. En el esquema usted verá unos signos que sirven como pistas. Si dos casillas tienen el mismo signo, quiere decir que tienen el mismo valor de verdad: o ambas son prohibiciones, o ambas son aciertos. En cambio, el par de casillas que contienen una, un cuadrado blanco, y la otra, un cuadrado negro, tienen valores opuestos: si una es prohibición, la otra es acierto.
2. En ningún caso padre e hijo tienen las mismas iniciales.
3. Los techos están hechos de chocolate con castañas.
4. Lo que pusieron Carlos y Javier juntos no es de chocolate con avellanas.
5. Ariel y su padre pusieron las puertas; antes, Abel y su hijo (que no se llama Cristian) habían hecho las partes de chocolate con maníes (que no son las chimeneas).
6. Hernán no es hijo de José (que no usó chocolate con nueces) o de Abel.
7. Cristian y su padre no pusieron las chimeneas.

		HIJO					PUSIERON					CHOCOL. CON				
		Ariel	Cristian	Federico	Hernán	Javier	Chimeneas	Paredes	Puertas	Techos	Ventanas	Almendras	Avellanas	Castañas	Maníes	Nueces
TIO	Abel										□					
	Carlos									#						
	Felipe				•											
	Héctor													▲		
	José															
CHOCOL. CON	Almendras						■									
	Avellanas															
	Castañas															
	Maníes			#												
	Nueces								•							
PUSIERON	Chimeneas															
	Paredes		▲													
	Puertas															
	Techos															
	Ventanas															

TIO	HIJO	PUSIERON	CHOCOL. CON

Ortodoxo



HORIZONTALES

1. Cantidad de una cosa cualquiera./ Animal con pelo de color blanco y azafrán mezclados.
2. Río de Inglaterra./ International Commerce Chamber./ Exista.
3. (Winona) actriz estadounidense./ Grado de elevación del sonido (pl.).
4. De autor desconocido.
5. Exótico, excéntrico./ Acudías.
6. Nombre del apóstol que vendió a Jesús por treinta dineros.
7. En arquitectura, cuarto bocel.
8. (... Angélico) Pintor italiano./ Hombre fuerte y valeroso.
9. Sitio donde se vacía el estiércol o basura.
10. Río paraguayo./ Interjección: sorpresa.
11. Padecertos./ Relativo a cierta parte y no al total.

VERTICALES

1. Perdurar./ Venia, autorización.
2. (Edward "Kid") Músico norteamericano./ Casualidad.
3. Calmar./ Adoras, quieres.
4. Fastidio, ira./ Aupé.
5. (Fernando) Actor cómico argentino./ Relativo a la úvula.
6. Construcción que forman las aves para depositar sus huevos.
7. Prefijo: ocho./ Caño de barro cocido.
8. Negligente./ Prefijo: fuera.
9. Snob./ Onomatopeya de una rotura.
10. Acusado de un delito./ En este sitio.
11. Espacio con vegetación en un desierto./ Que presenta dos aspectos.

Soluciones

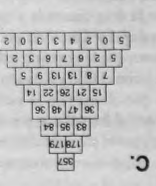
Ortodoxo

Pirámides numéricas

A.

B.

C.



Un dulce hogar

Abel, Federico, paredes, maníes.
Carlos, Javier, techos, castañas.
Felipe, Hernán, chimeneas, almendras.
Héctor, Ariel, puertas, nueces.
José, Cristian, ventanas, avellanas.